

ción, dos culturas. El Paraguay de Meliá es un país que impone ser inventado, porque se trata de una construcción estatal sobre dos naciones, que conviven y se mezclan sin perder su autonomía: la hispa-

noparlante y la guaraní. Una sociedad en continuo estado de invención y descubrimiento promueve un modelo antropológico singular, incomparable a las demás sociedades sudamericanas.

El fondo de la maleta

Doscientos años de romanticismo

Es siempre difícil y discutible precisar fechas en cuanto al comienzo de un gran movimiento intelectual, artístico y político como el romanticismo. También es necesario. El acta fundacional romántica se suele fijar en 1797, cuando se publica (aunque algunos prefieren creer que la impresión fue del año anterior) el libro de Wackenroder *Herzergiessungen eines kunstliebenden Klosterbruders*, algo así como *Efusiones del corazón de un monje amante del arte*.

Libertad, disolución de los géneros, privilegio del sentimiento y otros tópicos han acreditado la supervivencia del romanticismo. La vulgata considera romántico al idealista sin sentido de lo concreto, al enamorado sin pretensiones de matrimonio, al aficionado a los paisajes lejanos (alejados de su domicilio cotidiano), al raro y melancólico. No faltan fiscales ante el inasible tribunal de la historia —el más leído y desdichado: Georg Lukács— que lo condenan como responsable de los desmanes nacionalsocialistas, por su culto a la sin-

razón, el impulso, la oscuridad, en lugar de las luces de la razón, que tampoco dejaron de invocarse para desmanes comparables.

Recogiendo al azar, quizá podríamos considerar que el acicate más poderoso del romanticismo sea, como quiere Walter Benjamin, el intento de pensar lo infinito y su resultado antropológico: la conciencia desdichada. El hombre, animal finito que reniega de su finitud, se marca de imperfección y de vértigo al enfrentarse con la infinitud. El sujeto está, entonces, separado de sí mismo, distante de su vida auténtica, cercado por su historia. Ese mismo año le tocaba nacer a un futuro romántico francés, Alfred de Vigny (1797-1863), a quien corresponde aquel decisivo verso que vale por tantos volúmenes de especulación metafísica sobre el sujeto: *Entre moi-même et moi, si grande est la distance*.

Entre yo y mí hay una gran distancia, como entre el lenguaje y las cosas, según apunta Novalis. Las cosas que nombra el lenguaje están separadas de las nombrado-

ras palabras y esa escisión permite al lenguaje saberse, hablarse, referirse a sí mismo. Esta autonomía del lenguaje es profética en el romanticismo. Nada de lo hecho por la lingüística, la poética, el psicoanálisis o la semiótica de nuestro tiempo, existiría sin aquella intuición poética acerca de la autoconsciencia de la palabra.

Por estos desencuentros radicales, el romanticismo buscó el lenguaje perfecto, pleno, autorreferente, autónomo, el lenguaje absoluto, desasido de la servidumbre ante la realidad circunstante, un lenguaje que respondiese al arte en tanto lo inefable que sólo puede ser comprendido por cada quien, en la intimidad de su sentimiento. Creyó hallarlo en la música. El artista era el sujeto hundido en el abismo de su mismidad, asocial, genial pero

incapaz de vivir (de convivir), que se fugaba hacia lo primitivo y puro, encontrando en la estética un sustitutivo de la ética y la religión que lo redimiera de la historia.

Los románticos nacieron, como casi todo el mundo, gracias a un trauma: la Revolución Francesa, su ilusión mesiánica y la desilusión del jacobinismo. No es la menor similitud con nuestro siglo. Tampoco lo es la respuesta restauradora y reaccionaria, que intenta reconstruir el orden que la historia se llevó en su bulimia procesal. Somos bastante más románticos de lo que creemos, no sólo por las revistas del corazón, los folletines televisivos y los heroísmos del *film-comic*, sino porque seguimos queriendo olvidar la carga de la historia, tan lejos siempre de nosotros mismos.

El doble fondo

El retorno de Heine

Heinrich Heine (también llamado por sus coetáneos Harry, Henry, y con mofa hasta Haariüh), nació el 13 de septiembre de 1797 en Düsseldorf, en el seno de una familia judía, y moriría en París (1856) tras ocho años de postración. Nietzsche dijo que en Alemania sólo había dos grandes prosas: las de Heine y la suya. Thomas Mann, en 1928, trató de rescatarlo del odio de sus compatriotas, que no podían asimilar la mordacidad de

sus críticas. No tardarían en prohibirlo en la Alemania nazi, como poco más tarde fue marginado en la Alemania federal. Fue un hombre molesto en su tiempo y su tiempo no se encontró a gusto con una mente escéptica y librepensadora, capaz de volverse contra su propio país con las armas de la crítica. Se manifestó contra "los fari-seos de la nacionalidad", especialmente contra el espíritu de *Deutschland über Alles* (Alemania